

HOMILIA DEL P. AGUSTIN ARREDONDO, S. J.

La celebración que hoy vivimos los amigos de la Ciudad Católica, entronca sin el menor esfuerzo con el supremo acto religioso al que ahora asistimos. Porque la ayuda de Dios, por una parte, en el sacrificio redentor que aquí vivimos como nunca se recaba; y por otra, el afán que nos anima de centrar todo en Cristo, es la razón por la que El se ofreció al Padre. Ambas cosas, pues, la gracia que requerimos y el empeño que alentamos, nos ponen irresistiblemente atraídos hacia Cristo, según ya previó que atraería todo a Sí desde la cruz (Jn 12,32). En ella, por tanto, radica la fuerza de nuestro impulso y la orientación certera de nuestro empeño.

Pero además, tanto en la palabra de Dios que hemos oído, como en la vida que recordaremos de nuestro patrono San Fernando, descubrimos que también Fernando, también Pablo, y también Cristo, vivieron un común problema que, por humano, advertimos que también es nuestro; a saber: la formación del grupo selecto que oriente una sociedad al logro de su bien.

En efecto, el Salvador del mundo, capaz de hacer cualquier cosa con la fuerza de su Espíritu, adopta también para su obra medios humanos; congrega cabe Sí a aquellos doce apocados que un día quisieron seguirle con una idea más o menos borrosa de lo que pretendían —que era la Ciudad Católica—, y cenan a la sazón por última vez con quien va a sellar enseguída su ideario con su Sangre.

Y será en lo humano un equipo de selectos el que a fin de cuentas salve y multiplique su obra.

También por su parte el Apóstol de las gentes está de despedida en la lectura oída de los Hechos de los Apóstoles; y también congrega su equipo en Mileto, los principales de Efeso, a quienes había anunciado lo que llama palabra de gracia, y plan de Dios. Y les encarga la vigilancia y actuación perseverante sobre la incipiente Iglesia. Son colaboradores primero, y continuadores en el futuro, de quien les había transmitido esa misión como El la había recibido del Padre.

Y a fin de cuentas, otra vez en lo humano serán un equipo de selectos el que salve y multiplique su obra.

Pasarán desde entonces once largos siglos; pasaron con ellos también sus protagonistas; pero lejos de disolverse los nacientes grupos, fueron también sus jefes sustituidos por otros y otros; y superando todo género de oposición, y etapas de los más crueles martirios, acabará campeando su verdad en el mundo; esa verdad que creemos que predicó aquí el mismo Pablo personalmente, y que en la España cristiana medieval era tenida por la más estimada presea.

Y en esto viene al mundo un niño cuando apenas falta un par de años para que nazca el siglo XIII. Un niño que no debió haber venido al mundo, puesto que posteriormente fue declarado nulo el matrimonio de su padres. Pero eso no hace al caso. A Cristo en lo humano le había pasado lo mismo, por alguna unión ilícita de su prosapia. La Providencia sabe lo que permite; y a través de lo permitido logra siempre lo que quiere.

El hecho es que este niño tenía por abuelo al gran Alfonso VIII, que catorce años más tarde iba a liquidar en gran parte aquella pesadilla de la España invadida, desde que el día de las Navas de Tolosa empezó

a ceder terreno en no poco tiempo todavía, pero sin apenas interrupción. Tiene además una madre que, fuera de ser como tantas madres de santos, será por su sagacidad y diplomacia ejecutora eficaz, por dos veces, de la doble grandeza real del que a los diecinueve años será Rey de Castilla y trece años después también de León. Verdadera programación familiar y política que no es extraño redundara con el tiempo casi seminalmente en el esplendor cultural de su hijo el Rey Sabio, y en la apoteosis que en todo aspecto nacional fue la vida de Fernando.

Treinta y cinco años de reinado tenía por delante nuestro gigante, en aquella auténtica generación del 98, su año natal, fecunda como en pocos siglos, setecientos años anterior a la así clásicamente llamada.

Porque, en sentido más o menos amplio, convivió en la España del XIII con esta privilegiada familia el Conquistador de nuestro Levante, consuegro de Fernando; y el paladín de la fe contra los albigenses, Domingo de Guzmán y su pléyade de frailes Predicadores; y el poeta que en San Millán nos enseñó a hablar en castellano; y aquel excepcional Don Rodrigo Jiménez, Arzobispo de Toledo y primer historiador patrio; y los dos Raimundos: el de Peñafort que sistematiza el disgregado derecho canónico; y Lulio, el místico filósofo, que acabará defendiendo la fe con su propia sangre.

Estos son los grandes; que como volaron alto fueron vistos por todos. Pero también la vida diaria de Fernando, que tanto hizo en tan poco tiempo, tenía por fuerza que girar como centro de otras más próximas constelaciones, no por menos conocidas, necesariamente menos eficaces.

Y así fue. Díganlo, si no, aquellos fieles guerreros próximos a su señor, asiduos acompañantes en las casi continuas campañas del Rey de Castilla; y tantos otros procedentes de León, cuando después de seis años de guerras incansables toma posesión el 1230 de aquella segunda monarquía. Súmense a esto los piquetes recabados de las milicias municipales, la selecta aportación de las Ordenes Militares en sus hechos de guerra, y los merinos, adelantados y consejeros elegidos en la organización de la paz, a quienes ota con interés según la pluma filial de Alfonso el Sabio.

¡Qué edad aquella, que nos parece un sueño! La grandeza del ideal y la fuerza del espíritu son el secreto humano de tamaños espectáculos. Lo que dijo Menéndez Pelayo al historiar estos días: «La vida exterior se desarrolló próspera y fecunda, por lo mismo que la vida interior y espiritual era tan intensa». Y otra vez, añadimos, fue en lo humano un equipo de selectos adictos al Rey quien colaboró insustituiblemente en la gesta de Fernando.

En fin, muere nuestro Rey, ansiando al mismo tiempo más guerra y más paz, tal día como hoy en 1252. Y es a siete siglos de distancia, prácticamente justos, cuando empieza a distinguirse serpeante entre nosotros, ni menos al sur que en las Islas Canarias, ni menos al norte que en Cataluña, tal cual equipo de gente selecta que piensa, ora y difunde su carisma; y salva las distancias y dada la múltiple diversificación moderna de las actividades humanas, trabajan, en una diminuta parcela, por la reconstrucción de la CIUDAD CATÓLICA, la de Fernando, que nos inspira y protege; la de Pablo, que en nuestro suelo se gastó y desgastó por ella (2 Cor 12,15); la de Cristo, que desde el cielo nos bendice, está aquí en medio de los reunidos en su nombre (Mt 18,20), y ve con agrado en este día el resumen de nuestra sería labor anual.

Gente que piensa, hemos dicho. Porque nuestro primer objetivo es hacer pensar a los que no piensan como es debido. Pero no bastó con esto. Si no ¿por qué Cristo, al notificarnos el gran mensaje de que El

es la luz del mundo, nos dice a continuación seguida que el que le sigue no anda en tinieblas? (Jn 8,12). Pues porque la luz no es para gozar de un espectáculo visual y hacer de la vida un descarado caleidoscopio, sino para que no andemos en tinieblas los que andamos, los que tenemos que andar, los que hemos nacido para andar. Pedro en el Tabor goza viendo aquella teofanía, y se encuentra allí muy bien; y se le ocurre quedarse allí. Y es el Espíritu Santo a través de San Lucas quien valora aquella actitud: Pedro no sabía lo que se decía. (Lc 9,33).

En esta vida en que vemos tan en tinieblas a muchísimos de los formadores y dirigentes de la sociedad, háganos Fernando sentir hondamente la responsabilidad de los que hemos optado por pensar. No hemos errado la dirección. Muchos, confiamos que por este camino llegaron a la meta. Para ellos nuestra oración agradecida; para nosotros el gozo de seguir andando, y no en tinieblas; que es el indescriptible placer de destilar cada día esa minúscula gota de verdad y bien, que esperamos tanto fecundará el Altísimo con eficacia, lo mismo que en el siglo XIII, cuanto sea también intensa en nosotros la vida del espíritu.

Que con Fernando y con su ayuda, triunfemos en la reconquista de la gloria eterna que en triste hora perdimos en los albores de la humanidad, con la restauración de una CIUDAD CATOLICA, que en sus dos palabras nos dice todo.

Que como decía Pablo al hacer en Mileto el balance de su obra, podamos decir que nos hemos ahorrado medio alguno en público ni en privado para que la gente crea en Jesús. (Act 20,20s).

Y al mismo Corazón de Cristo, que quiere sea un hecho su reinado en España, (que a El se consagró especialmente también un memorable día de San Fernando), y rogó por los suyos en la oración leída del fin de su vida, podamos decirle un día lo que de Sí dijo al Padre en aquella coyuntura: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste de en medio del mundo. (Jn 17,6).

DISCURSO DE JOSE MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERON

Celebramos a San Fernando; con una misa y con una cena. Y tras esto, que es lo importante, decimos unas palabras, que no son lo importante, como en las misas antiguas, en las que el sermón era lo de menos. Por lo menos así me lo han contado, que yo no viví tan felices tiempos.

Sí no nos llamamos Fernando, por lo menos no todos, y mi Fernando se ha quedado en casa, y si no somos eso que hoy llaman colectivos que tuvieron por patrón a San Fernando, y lo celebran no sabiendo porqué, cómo el cuerpo de Ingenieros, esos que tienden puentes en Mostar, parece que tenemos que dar cuenta de esta reunión, no porqué yo pretendo jugar al listillo deconstructor, dispuesto a ver críticamente y explicar de forma nueva lo que otros hacen sabiendo perfectamente por qué. Por el contrario, me mueve el deseo de explicar a los otros lo que hacemos, que visto con ojos extraños resulta pintoresco.

Nos entenderían mejor si celebráramos el día del político católico, no es que nuestros conciudadanos piensen que debe o puede haber políticos católicos, pero entenderían mejor un día así llamado. Sería un día más de los que se celebran desde la Revolución, que empezó celebrando el día de la cosecha y de la vaca lechera o el trigo y ha terminado con